Penúltimas voluntades

Dicen que al final del viaje solo queda lo esencial,
lo demás son hojas secas que el otoño se debe llevar,
he venido ligero de equipaje sin nada que justificar,
traigo una mochila de piedras que hoy decido abandonar.
Sea, para quien quebró mi confianza la espina que dejó al pasar,
que cargue también con el silencio, ya que nunca quiso escuchar.
A la mentira le corresponde aquel antiguo ventanal
desde donde el mundo fingía parecer un buen lugar.
Para el orgullo quedan mis silencios y su casa vacía frente al mar,
si aún conversa con sus banderas, que no me espere al regresar.
Devuelvo a la envidia los espejos, jamás me dijeron la verdad,
siempre señalaron otros puertos que nunca llevaban mi señal.
Declaro heredero al rencor de las cartas que no quise quemar,
que las archive con sus sombras ya he traspasado aquel umbral.
Guardo la voz de mi reina, mi faro tras el cristal,
porque su luz conoce el camino cuando la noche busca más.
Y reservo para mí la mesa donde aprendí la realidad,
la cena caliente que me espera, la paz sencilla del hogar.
Nombro al viento el albacea de las canciones que quise dejar,
si alguna despierta un abrazo ya habrá encontrado su lugar.
También me quedo con quien cura sin preguntar a quién salvar,
quien deja una lámpara encendida para el que tarda en regresar.
Estas son mis penúltimas voluntades, no tengo mucho más que legar,
cambié una maleta de heridas por cuatro besos y un hogar.

Cuando cerréis mi equipaje no busquéis nada de valor,
hace tiempo que fui repartiendo aquello que pesaba en el corazón.